

Palabras de Lain Entralgo

Don Pedro Lain Entralgo publicó, en «Gaceta Ilustrada», el siguiente comentario sobre «El círculo de tiza caucasiano», que transcribimos literalmente.

Vertido al castellano por mí, «El círculo de tiza caucasiano», la más bella, sin duda, de las piezas teatrales de Bertolt Brecht —aunque otras, como «Galileo Galilei», parezcan ser más importantes—, ha sido representado en el Teatro María Guerrero, de Madrid. «Va a levantarse el telón —escribí yo en la nota que acompañaba a los programas del estreno—; van a comenzar ante nosotros la aventura de Grucha y las bienhechoras trapacerías de Azdak. Para el público amante del teatro, estoy seguro, una verdadera fiesta». Así ha sido, según la unánime reacción de la crítica y el público; feliz éxito al cual han contribuido decisivamente José Luis Alonso (que con gran inteligencia y finísima sensibilidad ha acertado a mejorar la eficacia de Brecht sobre el espectador, disminuyendo sabiamente ciertos efectos de su famoso y discutido «distanciamiento»), María Fernanda d'Ocón (magnífica de fuerza, sinceridad y delicadeza en una Grucha que la coloca en la cima de su carrera teatral), José Bódalo (espléndido, magistral vivificador del ladino Azdak; tanto, que se diría que el personaje ha sido creado para él), Sigfrido Burman (autor de unos decorados llenos de gracia y sencillez; el viejo maestro que sabe triunfar con cuatro certeras pinceladas) y el extraordinario, copiosísimo conjunto de actores (tantas veces aplaudidos unos, prometedores principiantes otros) que con tan notorio talento y con tan buen decir acompañan a los dos protagonistas de la comedia. Sí: teatralmente, una verdadera fiesta.

No describiré en su pormenor la trama de una pieza que algunos pueden o han podido ver representada y a todos es posible leer, porque más de una vez ha sido editada en muy distintas lenguas; pero sí diré que la doble intención de su autor es presentar irónica y poemáticamente —y en resolver a su modo— dos de los problemas, no siempre leves, que desde que el hombre es hombre ha presentado su vida en sociedad: el conflicto entre la ley y la justicia, que tal es la clave de las jurídicas fechorías de Azdak, y la colisión entre el derecho de la sangre y el derecho del amor, nervio de las múltiples des-

venturas y de la ventura final de Grucha. Hace algunos años, en uno de mis artículos sobre teatro leído, comenté por extenso el primero de esos dos aspectos de «El círculo de tiza caucásico»; hoy, en cambio, quiero concentrar mi atención en el segundo de ellos, en la vidriosa tensión que a veces puede establecerse, dentro de esta compleja realidad que llamamos vida humana, entre la sangre y el amor.

Para ello comenzaré copiando otra vez varias líneas mías. «¿Qué nos viene a decir Bertolt Brecht a los hombres de hoy, a todos los hombres de hoy —me preguntaba yo—, con su personal y originalísima versión de leyenda china que ya en 1921 adaptó Klabund al teatro?» Y mi respuesta era ésta: «"A riesgo de no ser entendido más que por quienes quieran entender la paradoja y sepan ver juntas entre sí las bromas y las veras, diré que, puesto en el hipotético trance de elegir entre Salomón y San Pablo, Bertolt Brecht se quedaría con éste". Y ya al margen de ese riesgo, hablando, por tanto, en corto y por derecho, añadiré que en ninguna otra comedia del autor brilla de un modo tan inteligente, lúcido y persuasivo como en ésta la más profunda de sus convicciones de hombre y de poeta: que sólo a través del trabajo no alienante, la justicia, el amor y la abnegación puede llegarse sobre nuestro planeta al disfrute de una vida real y verdaderamente humana.»

Antropológicamente considerada, la sentencia de Salomón en su famoso juicio reposa sobre el supuesto de que la sangre —por tanto, lo que en el hombre es «naturaleza»— es a la vez fuente de derecho y causa de virtud. Por el hecho de serlo según la sangre, la madre «natural» será la que mejor ame a su hijo, y este mejor amor es el que le concede su derecho materno sobre él. No me parece cosa ilícita establecer una correlación de contenido y de estilo entre esta ética salomónica y la ética griega arcaica (epos homérico, Teognis, Píndaro), según la cual la *areté* «virtud» o excelencia física y moral, sería expresión directa de la excelencia de la sangre; actitud que perdurará en Europa mientras se piense —así acontecerá desde el feudalismo de la Alta Edad Media hasta 1789— que el orden tradicional de la sociedad es en definitiva su orden «natural». Naturaleza, sangre, virtud, derecho: cuatro aspectos de una misma visión de la realidad del hombre.

Frente a Salomón, San Pablo; frente a la «ley antigua», la «ley nueva»; frente a la concepción de la excelencia del hombre según la naturaleza (por tanto, según la sangre), la visión de esa excelencia según el espíritu (por tanto, según el amor). Esto, ¿equivale sin más a poner en abierta y esencial colisión la sangre y el amor, la *natura* y la *virtus*? En modo alguno. Esto es afirmar que lo deseable es que el derecho de la sangre y el derecho del amor vayan juntos, y que la madre natural sea también —como en el caso del juicio salomónico— la mujer que

más y mejor ame al hijo de su cuerpo; pero también es sostener que, en el caso de existir colisión entre una y otra instancia —una situación en que madre adoptiva ame al niño por ella adoptado con más abnegación y mayor hondura que la madre corporal de ese niño—, sean el amor y el espíritu las realidades que en definitiva prevalezcan sobre la sangre y la naturaleza. Y esta preeminencia del *pneuma* sobre la *sarx*, como hubiera dicho San Pablo, es la que en definitiva viene a proclamar Bertolt Brecht con el desenlace de «El círculo de tiza caucásico». Por eso escribí en el programa del estreno que, situado en el hipotético trance de elegir entre Salomón y San Pablo, Brecht se quedaría con éste.

Bien. Bertolt Brecht fue marxista, y por lo tanto hombre que entendía el fundamento de la vida humana y de la realidad de un modo muy distinto del predicado por San Pablo. ¿Marxista doctrinario y pedisecuo? No lo creo. Más de una vez he dicho que en el fondo mismo de su alma, más allá de todas las fichas o cédulas de partido, Brecht fue ante todo un gorkiano, un hombre que a través de la revolución quiere lograr la justicia, la libertad —la libertad, no alguno de esos lamentables sucedáneos bautizados con su nombre— y el amor. Así lo muestra, a mi modo de ver, «El círculo de tiza caucásico».

NOTA FINAL.—Leo en la generosa e inteligente crítica de José María Claver que ciertos espectadores próximos a él me atribuyeron la morcillesca invención del verso que alude a los coches en el breve parlamento del cantor Arkadi que da término a la pieza. Saliendo por los fueros de la verdad, él defendió la lealtad de mi versión. Esta, en efecto, no añade nada. «Die Wagen den guten Fahrem, damit gut gefahren wird», dice el texto original de Brecht. Mi agradecimiento a la buena amistad de José María Claver.

PEDRO LAIN ENTRALGO
(De la Real Academia Española.)